

La dualidad en Demián Flores Cortés



FERNANDO GÁLVEZ DE AGUINAGA

Adriano Calatayud (AC)



Santiago Guevea,
1997,
encáustica
y temple/tela,
180 x 150 cm



Ivan Carrillo (ic)

Sin título,
1997,
temple/papel,
56 x 76 cm

El jugador de dardos trama en el claroscuro de la diana su punzante estrategia; del mismo modo, el grabador apunta su gubia o esmeril hacia la madera o el metal y dispara los dardos de su creatividad con una estratagema que ordena negros y blancos. El tino artístico de Demián Flores en el terreno de la gráfica es innegable. A pesar de su juventud, su obra se ha incluido en exposiciones colectivas en Holanda, Bélgica, Kenia, España y Polonia, además de contar con diez exposiciones individuales en nuestro país y de haber ganado el Premio Único de La Joven Estampa en La Habana, Cuba. Nacido en Juchitán en 1971, Flores ha desarrollado en sus dibujos, pinturas y grabados un intenso diálogo con sus orígenes y con las tradiciones orales y artesanales de su pueblo; sin embargo, su obra ha sabido escapar a los lugares comunes en que muchos jóvenes oaxaqueños de su generación han caído para comercializar su obra: folclorismo superficial, excesos colorísticos, nula experimentación formal.

Aunque visita Juchitán con frecuencia, el artista vive en la Ciudad de México desde niño; pero esto, en vez de representar un desprendimiento de su tierra, ha significado para él una situación idónea para valorar más la cultura a la que pertenece y una motivación para sorprenderse con cada leyenda, cada rito y cada expresión artística que va descubriendo en la región zapoteca. Hay algo que vale la pena destacar: cuando Flores se enfrasca en un trabajo plástico basándose en algún aspecto de la cultura zapoteca, primero investiga y profundiza, luego reinterpreta y crea.

La obra de Flores está marcada por la dualidad, es como si en sus obras se expresara esa condición que lo hace ser juchiteco y *defeño* al mismo tiempo, como si su persona mestiza desanudara sus contradicciones y complementos sobre el papel, como si sus imágenes quisieran hablar zapoteco con una voz ronca de urbanismo occidental. Expresionista nato, él no pretende ser un ilustrador de la mitología o las costumbres de su pueblo; sus líneas violentas, sus formas siempre altisonantes, sus bruscas compo-

Roja binario,
1997,
encáustica
y temple/tela,
180 x 150 cm



Sin título,
1997,
tinta/papel,
80 x 120 cm



de su tierra (por ello la composición circular y la inclusión únicamente de personajes femeninos), como un ombligo que lo une a su cultura originaria (por eso el círculo concéntrico). En su segunda exposición, la idea del palimpsesto es un doble juego, que alude por un lado al raspado que se ejerce para sacar-

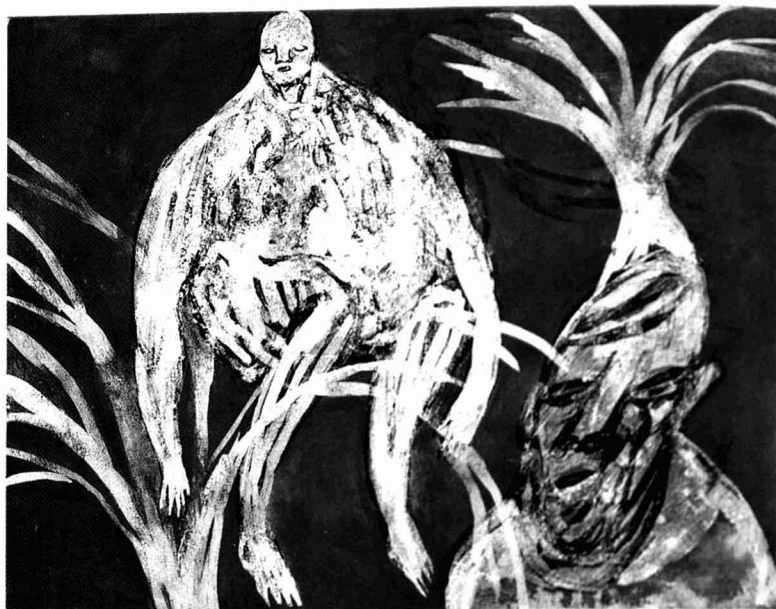
siciones son el grito de un hombre que habita la ciudad más grande del mundo y que viaja a Juchitán como si visitara el borbotón de donde mana la esencia de su sangre.

Las dos primeras exposiciones individuales que realizó tuvieron títulos significativos: una se llamó *Línea que se muere la cola* (1994) y la otra *Palimpsesto* (1994). En la primera, los grabados se caracterizaban por su composición en forma de anillos, es decir, como si se tratase de los antiguos aros del juego de pelota prehispánico por cuyas superficies Demián hizo circular los miembros de personajes diversos: una mujer indígena orinando, una sirena, otra muchacha enroscada en sí misma. Pareciera que el grabador quisiera presentarse en el medio artístico con una exposición raigal que mostrara al papel como un vientre

de imágenes a la madera y, por otro, a la búsqueda vital que Demián desarrolla en sus grabados. *Palimpsesto* además de exposición fue pensada como un libro; de ese modo el título de la muestra adquiere mayor validez, además de que la edición significó un diálogo entre las imágenes de Flores y la poesía zapoteca. Esta convivencia editorial con la poesía juchiteca significó su entrada a una tradición universal en la que estampa y literatura se han acompañado desde que el libro es libro.

A pesar del interés que despiertan las muestras anteriores,

Sin título,
1997,
témple/papel,
56 x 76 cm



no es hasta que Demián presenta en el Polyforum Siqueiros su muestra *Binnigulaza* (1994) cuando nos encontramos con un artista maduro. El intenso trabajo desarrollado en 1994 rinde frutos más que sustanciosos: los pliegos de gran formato distribuidos en esta exposición revelan a un trabajador de la línea y el claroscuro en plenodominio de sus herramientas, técnicas y materiales. El dinamismo de las líneas es avasallador, la tensa quietud de las figuras parece estar a punto de rasgar el silencio y quebrar el cristal de las dos dimensiones. La

leyenda mítica del origen de su cultura (Binnigulaza es el nombre de los hombres míticos), sirvió a Demián Flores para encontrarse consigo y así liberarse: liberando sus trazos, su imaginación, su potencial creativo y hasta sus materiales de trabajo. El dibujante despliega una línea con seguridad, con mando, pero al mismo tiempo permite que el exceso de tinta escurra azarosamente por el cuadro, que las gotas encuentren sus propios torrentes y se sumen al discurso expresivo de la imagen. Todas las formas y composiciones exploradas por Demián en su trabajos anteriores reaparecen, pero ahora se combinan y complementan y ya no representan una búsqueda sino un hallazgo. Las imágenes son al mismo tiempo míticas y profundamente autobiográficas, en ellas están las raíces culturales del autor y el parto de sí mismo, de su vocación y su oficio. De pronto pareciera que estamos ante esas figuras que la humedad dibuja en el salitre de los muros, hay algo de fantasmal en "los hombres que dispersó la danza" del pincel y, sin embargo, nos hablan de muchas cosas concretas, terrenales, humanas: la comida, los orines, el parto, la tierra. A partir de *Binnigulaza* la obra de Demián reafirma su dualismo, siempre manteniendo un trazo que alude a lo celeste y una línea que nos refiera a lo terrenal, una forma de lo mítico y una expresión vivencial, una imagen escatológica y un vínculo con la muerte, un rasgo divino y un humor humano, una sombra bestial y una claridad mental.

En 1996 Flores vuelve a exponer en el Polyforum Siqueiros y confirma sus cualidades artísticas. Ahora el dualismo se hace evidente hasta en el título de



Sin título,
1997,
tinta/papel,
80 x 120 cm

Sin título,
1997,
temple/papel,
56 x 76 cm

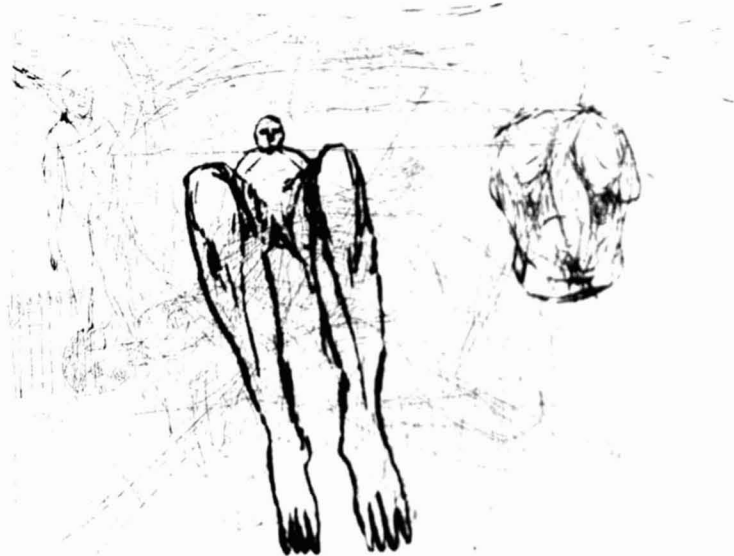


su nueva serie de trabajos: *Vida y muerte*. Estas xilografías llevan títulos basados en sones oaxaqueños y fueron elaboradas al compás de las canciones a que aluden. Demián rasgó la madera mientras el guitarrista rasgaba su instrumento, y en las estampas que nos ofrece hay esa furia melancólica de la música que las inspiró.

Decía Borges que el puñal es un arma íntima; en el caso de quien practica la xilografía, la gubia se convierte en un arma blanca para acuchillar en íntima soledad a la madera. Siendo el grabado el arte del claroscuro por excelencia, siendo la imagen estampada en el papel el revés negro de la imagen hundida en la claridad de la madera, resulta lógico que este territorio plástico sea idóneo para expresar los dualismos de la existencia: el bien y el mal, lo blanco y lo negro, lo femenino y lo masculino, la muerte y la vida. En esta serie de trabajos, el creador supo compaginar estas características intrínsecas de su técnica de trabajo con su temática y sus propuestas formales. Para expresar la dualidad vida-muerte, el artista permitió que las formas y las composiciones se desdoblaran, que cada una tuviera su equivalencia, que se hiciera patente que la muerte es un doblez de nuestra vida. En *El diablo enchilado* o en *El peine y la jícara*, Flores ha plasmado su idea de lo dual de modo certero, haciendo evidente cómo los contrarios tienen al mismo tiempo zonas de fusión que los hacen complementarios: no hay vida sin la unión de lo femenino y lo masculino, lo real y lo imaginario, lo animal y lo humano.

Cuando Demián Flores se para frente a la plancha de trabajo no se propone un fin exacto, no hace un diseño previo a lápiz sobre el cual practicar sus incisiones; al contrario, si algo delata la serie *Vida y muerte* es que las formas se aparecen al artista en pleno proceso creativo, que los trazos iniciales devienen figuras que no se tenían previstas y lo que en un principio se perfilaba como el cuerpo de un hombre terminó siendo un animal. Del mismo modo que el guitarrista que improvisa encuentra la nota siguiente en el acorde que acaba de tocar, así Demián encuentra formas dentro de las formas, sus imágenes parecen tener eco y el tallar en la madera se acerca al trabajo arqueológico sobre un palimpsesto, se abre la muñeca rusa de la imaginación lineal. Otro de los aspectos interesantes de esta serie gráfica es el compositivo, pues se plantean una diversidad de soluciones

espaciales que denotan pleno dominio del artista sobre su trabajo. Mientras en algunos cuadros las figuras se reparten por toda la superficie del papel, volando por los cuatro puntos cardinales indistintamente, proponiendo una composición que casi se podría llamar dislocada (el cuadro *El coyote* sería el mejor ejemplo), hay otras composiciones en que las figuras se hacen tan concisas que parecen surgir de un solo trazo, como esa obra sin título en que un hombre aparece sentado en un trono formado por dos serpientes, las cuales se enredan en sus piernas representando acaso los extremos del hombre: su vida y su muerte. El mundo prehispánico es también una referencia estructural en algunas composiciones de Flores; en la obra *Destierro*, la composición evoca sutilmente aquellas representaciones numéricas de los indios antiguos que se anotaban en forma de barras con puntos debajo o encima de ellas.



El nacimiento del color

Los colores irrumpieron en la obra de Demián Flores en su exposición individual de la galería *unodosiete*. Ahí presentó una serie de telas trabajadas con las técnicas de la encaústica y el temple. Aprovechando las calidades cerosas de la encaústica y grumosas del temple, los cuadros de grandes dimensiones mostraban a seres que flotaban entre arterias o formas que transitaban entre lo vegetal y lo visceral. Los colores rojos y ocreos remitían otra vez a lo sanguíneo y en algunos rincones de los cuadros aparecían signos o formas que remitían a los códices indígenas. Para reforzar el efecto de palpitación sugerido por las formas, los cuadros se trabajaron con una luz que pareciera ser emitida por el fuego. Las figuras en la obra cromática de Flores siguen siendo de corte expresionista, pero a ello se suma ahora una utilización eminentemente expresionista del color. Las visiones que nos ofrece este pintor no pertenecen al mundo exterior, son transcripciones

Behuio xña,
1997,
punta seca/zinc,
30 x 40 cm

◀ Sin título,
1997,
punta seca/zinc,
30 x 40 cm

de paisajes interiores, de recuerdos y lecturas, de sueños e historias que se transforman en signos plásticos. Lienzos como entrañas incendiadas por donde deambulan los mitos propios y colectivos. En la obra *Santiago Guevea*, Flores ha dejado en la parte inferior una figura en una silla colocada de cabeza, un círculo en el que intenta hacerse la metáfora de un panteón, y unas lanzas y unas cazuelas en los extremos; todos estos elementos parecen extraídos del pliego de un códice, mas esa historia inscrita ideográficamente se transmuta en la parte superior del cuadro en una imagen que desdobra el sentido cifrado de la parte inferior; dos figuras, una blanca que simula un fantasma y otra café que parece la encarnación del espíritu, son la personificación de la historia que se esboza debajo. Al parecer se trata de una mujer que mientras sostiene su tejido hila una historia; el estilo de

códice la remite al pasado (quizás la infancia del pintor) y el hombre y su espectro que han inventado su habla parecen ser la imagen más fuerte que ha quedado tatuada en la memoria del artista. Sigue habiendo en la pintura de Flores una insistencia en lo dual, tal y como sucede en sus grabados.

A la última serie de cuadros desarrollados por Demián corresponden casi todas las imágenes que acompañan el texto; se trata de una exposición inédita que se inaugura en Bélgica en este mes de marzo.



Sin título,
1997,
encáustica
y temple/tela
100 x 120 cm

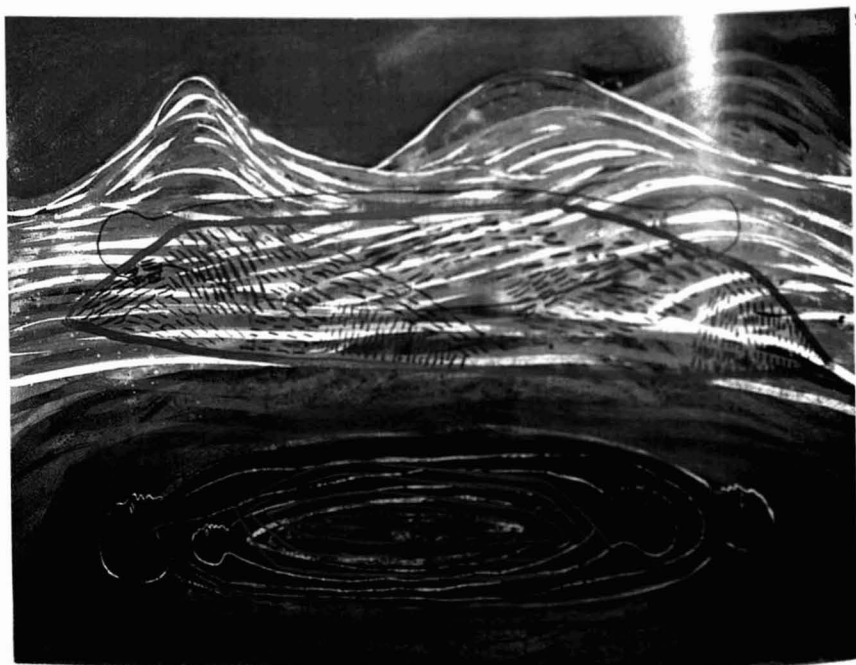
zo. Esta serie de temples y tintas titulada *Sedimento* plantea nuevos caminos en la trayectoria de nuestro pintor. Quedaron atrás las grandes telas de la muestra anterior, las capas de color ya no tienen tanta luminosidad ni variaciones tonales, ahora se trata de llegar a planos cromáticos más definidos, que funcionen más como receptáculos de la figura que como ambientes. Varias de las piezas surgieron de la inquietud que le provocan al artista las huellas que dejan los muebles y los objetos en un muro o en el piso tras permanecer en un sitio mucho tiempo. Así como en *Binnigulaza* los dibujos escurridos parecían surgir de las formaciones salitrosas, otra vez los muros cotidianos le brindan un motivo plástico. “Estamos rodeados de presencias, de sugerencias poéticas”, parecen decirnos estas inspiraciones surgidas del entorno. Sin embargo, la imagen no se queda ahí, las preocupaciones vitales del creador se posesionan de sus dibujos. Muchas de estas tintas y temples sobre papel tienen un discurso violento. El enrarecimiento de la vida urbana, su creciente agresividad se transfigura en unos hombres amarillos que corren con palos o armas en las manos, y también la encontramos en ese hombre que encaja una lanza a un toro, tal vez como metáfora del asesinato cotidiano que los ciudadanos practicamos contra la ecología y contra nuestros instintos más naturales. Al dejar a esa imagen suspendida sobre ese fondo azul y blanco, ya no es necesario ni siquiera que se pinte la sangre, el hecho ha quedado recortado con toda su contundencia: el hombre mata. En otro trabajo una mujer azul deambula por un territorio marrón, casi rojo, casi sangriento; lleva sobre sus espaldas el peso de un hombre muerto que la doblega, como si su dolor



Sin título,
1997,
temple/papel,
56 x 76 cm

se materializara y pudiésemos verla arrastrándolo, caminando pesadamente por un espacio lleno de obstáculos, monolitos blancos que también parecen ser engendros del mismo drama.

A Demián le preocupan las luchas sociales, los movimientos políticos de los indígenas, la degradación de nuestra vida por los robos, la contaminación y las desigualdades económicas. Su angustia se expresa en estos amplios espacios casi monocromos en que sus personajes se hunden o flotan perdidos. Esa pareja de mujer y hombre blancos, cuyos cuerpos monumentales parecen uno caer y otro encorvarse a causa de su propia incertidumbre, son el retrato de la indefensión y el miedo. Para reforzar esta sensación de incertidumbre en el centro de la composición aparece un laberinto de líneas concéntricas. Además, el haber pintado en blanco las figuras nos da la sensación de que no estamos ante seres humanos verdaderos, sino apenas ante espectros, meras pesadillas. Terminamos con esto haciendo énfasis en que el valor del trabajo de Demián Flores radica esencialmente en sus aportaciones plásticas; sin embargo, cabe destacar la posición de un hombre preocupado por su tiempo histórico y cotidiano, que reflexiona sobre la cultura y la sociedad con sus materiales y sus imágenes. ♦



Sin título,
1997,
temple/papel,
56 x 76 cm